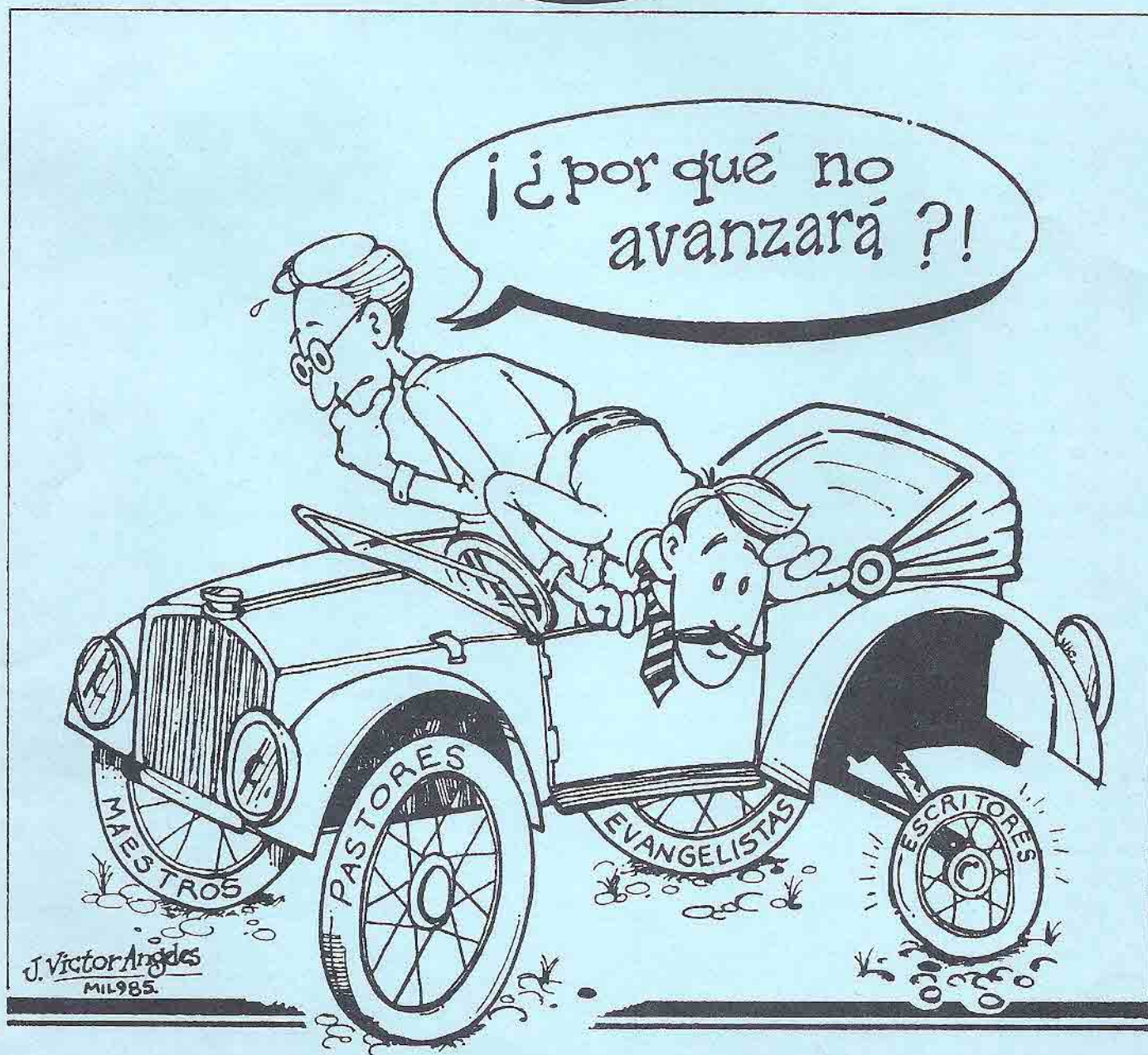


LA VOZ DEL SERVICIO DE EDUCACION CRISTIANA EN AMERICA LATINA

CONOZCA

AÑO 11 NUMERO 2

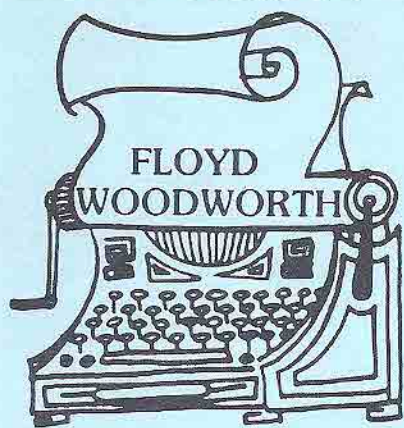
ABRIL — JUNIO 1985



LEA: * LA IGLESIA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACION

* CONCURSO DE ESCRITORES

EDITORIAL



El Premio Nobel de literatura, Ernesto Hemingway, autor de *El viejo y el mar*, nunca alcanzó el honor que más deseaba: el reconocimiento de sus padres. Ellos, debido a que eran evangélicos muy estrictos y firmes en la fe, se habían entristecido por el alejamiento de su hijo renuente que otrora había sido presidente de los jóvenes de la iglesia. Su mamá lo reprendía fuertemente por el realismo crudo de sus cuentos y novelas. Su papá — el ser a quien más amaba el novelista — lo consideraba un pecador holgazán que escribía para evadir el trabajo.

Parece que los Hemingway no estaban solos en los círculos evangélicos estadounidenses de principios de siglo. A los evangelistas se les concedía gran valor. Los pastores eran considerados como parte indispensable del reino. Pero, ¿un escritor? ... ¿para qué sirve?

¿Qué tan diferente será el concepto de los evangélicos latinoamericanos de fines del mismo siglo? En la mente popular, ¿quién es más grande en el reino, un hacedor de milagros o un escritor? Si un movimiento se levantara para acabar con todos los pastores, ¿qué actitud tomaría el pueblo de Dios de los países latinoamericanos? Y si algunos propusieran la erradicación de todos los escritores, ¿cuántos defensores podrían reunir los que esgrimen la pluma entre la gente del Libro?

Parece mentira que mientras que en el mundo entero los latinoamericanos se destacan por sus escritores, entre el pueblo evangélico de los mismos países se encuentren tan pocos autores destacados. Pocas

“Los Hemingway no le daban importancia a la profesión de escritor”

iglesias cuentan con una biblioteca. Los editores de revistas evangélicas se quejan del poco respaldo que reciben. Las clases de gramática, literatura, redacción y periodismo se celebran con menos entusiasmo que las campañas en masa. Hasta en algunos países se ha dejado caer en estado comatoso el vocero oficial de la obra (que podría servir para animar a los escritores, unificar la obra, y estimular a los decaídos).

No es que se carezca de talentos para este ministerio. No es que tenga poca potestad la palabra escrita para conmovir, para enseñar, para diseminar buenas nuevas, para doctrinar. No es que haya un silencio en la Biblia sobre la necesidad de escribir el mensaje.

La variedad de formas, de géneros, de maneras de utilizar la pluma para extender y fortalecer el reino me asombra. Se presta al periodismo. Dramaturgos podrían tener un ministerio tremendo. Poetas... ni hablar. Hacen falta ensayistas. Los profesores de institutos bíblicos claman por libros de texto bien escritos.

¿Qué hubiera sido la historia de Hemingway si sus padres le hubieran reconocido el valor de autor de renombre? Si hubieran manifestado interés en su trabajo y amor por ser su hijo, ¿habría vuelto el novelista al redil del Señor? Y si así hubiera sucedido, ¿qué influencia para el beneficio del reino eterno habría ejercido Ernesto Hemingway?

Tenemos que redoblar nuestros esfuerzos en descubrir y animar a los que están entre nosotros que tengan talento para escribir. Hay que concientizar al pueblo evangélico acerca del valor de la palabra escrita.

En este número de CONOZCA se anuncia el inicio de un concurso para escritores auspiciado conjuntamente por EDITORIAL VIDA y esta revista. Ojalá que cada director de instituto bíblico, cada oficial de distrito, cada pastor, y cada profesor se considere como nombrado por Dios para animar a todos los que han manifestado habilidades o interés en el ministerio de escritor a que partici-

pen en este histórico evento. Nada mejor que una inundación de manuscritos en esta oficina. ¿Se le debe avisar al cartero para que se prepare?



FRATERNAL

Por Gabriel Ortiz Ramírez

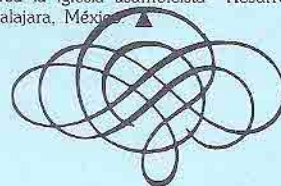
Hombre que naces entre
desventuras,
Hombre que vives y que te
enamoras,
Hombre que ignoras todo lo que
ignoras,
Hombre que temes y que te
aventuras,

Hombre que con tu fe mides las
horas,
Hombre que sólo ves cosas
obscuras,
Hombre seguro de lo que
aseguras,
Hombre sólo seguro de que lloras,

Hombre que gozas, hombre que
padeces,
Hombre que adoras, hombre que
aborreces,
Hombre cautivo y hombre todo
soberano,

Hombre que sueñas, hombre que
deliras,
Hombre que cantas, hombre que
suspiras,
Hombre cielo, hombre tierra:
¡Dios quiere que seamos
hermanos!

El destacado orador evangélico mexicano, Gabriel Ortiz R., ha predicado en muchas naciones. Es autor de varios libros y artículos. Con su esposa, Doña Luz, pastorea la iglesia asambleista "Resurrección" de Guadalajara, México.



AUTOBIOGRAFIA

DE UN QUECHUA

En la primera parte, el autor narró los primeros seis años de su vida (que pasó en necesidad total, habiendo su padre abandonado la casa).

Segunda parte

Cuando algo malo hacíamos, se nos castigaba con la reata. Si lo cometido era grave, nos amarraban del cuello al terrado y mientras pendíamos, mi madre nos azotaba con la reata. Nos decía: — No quiero que la gente diga de mis hijos *auilan wata-shqa* (criados sólo por su abuela).

OLOR DE GASOLINA

Después de algún tiempo mi madre y mi hermano Juvenal acordaron que deberíamos trasladarnos a Los Cedros, un pequeño campamento de una compañía que hacía trabajos para la hidroeléctrica del Cañón del Plato, Huallanca, a veintidós kilómetros al norte de Caraz. Allí trabajaba mi hermano.

Después de arreglar las cosas, mi madre se fue delante. Quedamos en que viajaríamos al día siguiente en la madrugada. No había mucho que llevar ni dejar. Esa mañana nos despertaron a las tres de la madrugada para emprender el viaje.

Mi hermana Edmunda había venido para llevarnos. Mi hermana Claudia de diez años, yo de siete, y mi sobrino de seis íbamos llorando de cansancio y de frío. No podíamos descansar porque teníamos que alcanzar el carro que salía a las ocho. Había servicio una sola vez al día de Caraz a Huallanca.

La Plaza de Armas de Caraz era bonita. Vi por primera vez un camión y un auto estacionados en la calle empedrada. Pregunté qué eran. Con la novedad de que íbamos a viajar en un camión nos sentimos restablecidos del cansancio.

Mi hermana nos dejó para comprar panes. No había para más. En seguida el chofer arrancó el camión. El ruido me causaba temor, pero el olor a gasolina me parecía agradable. Cuando se puso en marcha el vehículo, sentí un poco de mareo, pero me acostumbré pronto. En el paradero de Los Cedros nos esperaba mi madre con camote sancochado para comer, pero no tenía hambre. Caminamos unos treinta minutos y cuando llegamos nos sirvieron chocolate caliente, cosa que probé por primera vez.

La casa, propiedad de la compañía, tendría unos tres metros por cuatro con una cocina de dos por dos. Allí comenzamos a vivir nosotros cinco, más mi hermano y mi hermana con su esposo. Como no había más sitio, dormíamos en literas de tres pisos con los niños más pequeños en el suelo.

Casi siempre la gente hablaba el castellano, pero yo no entendía nada. Me llamaba la atención la vestimenta de la gente y la forma como cocinaba en anafe. Me asombraba cómo el agua venía por un tubo y cómo la gente formaba cola para sacarla. ¡Y qué maravilla la luz eléctrica que alumbraba en la casa como también en la calle! Me daban cierto miedo aquellas cosas nuevas.

Ya teníamos mesa en que los mayores comían. Las comidas eran

diferentes, pero sabrosas. Vendían de todo en el mercado.

Mi sobrino y yo ya podíamos hacer algo para ganar un poco de dinero, ya fuera llevando bultos o llevándoles comida a los trabajadores que no podían regresar a comer a los comedores públicos.

La compañía abrió una escuela. Se nos obligaba asistir. Recuerdo el primer día. Por primera vez me peñaron. Luego me llevaron a la escuela. El salón grande olía a humedad, a excremento y a coca masticada. Por la tarde la gente que vivía cerca venía y ensuciaba el salón y por la mañana nosotros lo limpiábamos. La profesora trajo policías para advertir que la próxima vez se llevarían presos a los sospechosos y así fue que se calmó la situación.

EL SISMO

Un domingo, después de haber transcurrido siete meses, oímos repentinamente un ruido muy fuerte. Algunos gritaban: "temblor"; otros: "avión". Al levantar los ojos hacia el cerro vimos que se nos venía un aluvión. Todos corrimos. Felizmente salvamos la vida, pero perdimos todas nuestras cosas, quedando únicamente con la ropa que llevábamos puesta. Vi cómo las piedras salían como balas, echando chispas por la fuerza de la gran cantidad de agua.

Ya en lugar seguro, corrimos de un lado a otro buscándonos. Supimos que el agua se había atrancado en algún lado y que vendría inundando todo. Había que escapar por el cerro. Todo se había vuelto una laguna.

Caminamos un día entero por el cerro para llegar a Molino Pampa y cruzar el río. Estábamos asustados, cansados, sedientos, hambrientos. Lo peor del caso era que no sabíamos nada de mi hermano ni de mis dos hermanas casadas. Mi madre lloraba y llorábamos nosotros hasta que los ojos se nos hincharon.

Llegamos a Molino Pampa de noche con un frío que nos afectaba mucho ya que en Los Cedros hacía calor. Ni siquiera teníamos una *chompa* con qué abrigarnos.

